

## El libro del buen nadador

Moisés Vaca

Con un ánimo un poco de moluscos rabiosos, encabronados, pasaron tres días en el pueblo. Pero el pueblo no es importante, porque si los pastores son iguales en todos lados (iguales, por un ejemplo, en el Nepal y en el Perú según las fotos y los hábitos de éstos), también lo son los pueblos. Quizá un poco más importante sea ese ánimo como de moluscos rabiosos que afectó el lugar. Yo llegué de la tienda al balcón, y así, sin más nada, un mal presagio:

—¿Qué te traes?—dijo Sandra.

—Dos cervezas—dije yo.

—¿Y esa cara? —Sandra inquirió.

—Nada. El calor, el frío, el chiflón, tú di—respondí yo.

—¿Y las vas a destapar o vas a seguir ahí con tu cara de termómetro mal mercurizado?—dijo Sandra

—¿De qué? pregunté yo, en una interrogante sincera.

—¡De güey!—gritó Sandra al fin.

Ya sobre las cervezas me dio por pensar en mi abuelo, pero eso no era importante, porque si todas las cervezas son iguales cuando las destapas, también lo son los abuelos: valiosos pero algo lejanos, separados irremediabilmente de la realidad de uno como por una gran vitrina, una vitrina hecha de años, qué casualidad, hasta que uno se hace abuelo y entonces le toca estar del otro lado del cristal, y ni añora la infancia ni los buenos tiempos ni nada, porque en cada etapa de la vida hay una gran angustia que no deja vivir, carajo, y ellos ya lo saben porque ya vivieron todas las etapas, y a mi la cerveza ya se me estaba calentando, por lo que decidí mejor preguntarle a Sandra por su clase:

—¿Y tu clase?

*Tiresias* 4 (October 2010)

<http://www.lsa.umich.edu/rll/tiresias/index.html>

Department of Romance Languages and Literatures  
University of Michigan

—Nada. El calor, el frío, el chiflón, tú dí, pero ya me cansó—dijo Sandra.

—Ya veo—contesté—. ¿O sea que nada más te estabas haciendo güey?

—¡Eso, Mateo, ya estás despertando!—dijo Sandra con el sorbo de cerveza entrelazado en la garganta.

Al día siguiente, el segundo, decidí ir a ver qué sucedía en la clase de Sandra. La clase se daba en una alberca techada, quiero decir, de grandes techos porque el edificio era como un bodegón con una alberca pequeña ahí en medio y tenía unas ventanas altas que le daban un ambiente de fábrica europea de la posguerra o de maquila vacía. La alberca, aunque pequeña, tenía una parte profunda. Vi a Sánchez desde lejos, el orgulloso profesor de natación recién dado a ese oficio, a la señora Domínguez, a la que si bien le sobaban alrededor de treinta kilos, gozaba del autorrespeto suficiente para mostrarlos voluptuosamente con un trajecito azul que parecía tener pequeños y grandes flotadores integrados, ilusión óptica que claramente era producida por las múltiples lonjas de la señora. También estaban Carlitos, un niño un poco tímido para su edad desenfrenada, Sandra y una amiga suya. Esa era la clientela del pueblo que Sánchez atendía, los únicos cuatro medio motivados para aprender a nadar en un pueblo tan lejano a cualquier tipo de charco para echarse, porque como todos los pueblos, el pueblo está alejado de todo, incluido un mar o un lago.

La clase transcurrió como si nada. Siempre con sus pupilos en la parte baja de la alberca, Sánchez lanzaba sus instrucciones, pataléale más aquí, baja el brazo más pa' allá, señora, por favor no se tire así al garete que espanta al pobre Carlitos, métase su chichi que ya se le salió, etc., de modo que decidí retirarme discretamente después de un rato.

El tercer día acompañe a Sandra directamente. Los pupilos se alinearon para recibir sus primeras instrucciones:

—Hoy vamos de pecho—dijo Sánchez—. Lo primero que deben saber de este estilo de nado—continuó—, es que surgió en 1870 y desde entonces nadie ha nadado más de

dos horas seguidas en él. O sea que es muy cansado después de un rato.

La introducción histórica sonó un tanto ilustrada. Sánchez prosiguió con una descripción minuciosa de los movimientos de las manos y las piernas propias del estilo, las respiraciones, los tiempos, qué importantes, entre brazada y brazada. Mientras explicaba, Sánchez hacía él mismo el movimiento en cuestión como si estuviera en el agua, o más bien como si estuviera imitando una foto que vio en un libro, lo que después quedó claro era el caso, porque en el momento en que Carlitos braceó sin darse cuenta a la parte profunda de la alberca y comenzó a batallar por mantenerse a flote, poco a poco la cuestión volviéndosele más desesperada, hasta que de repente más bien parecía que Carlitos estaba dando lo que con tanta exactitud suele llamar la gente patadas de ahogado, Sánchez no se tiró por él:

—¡Órale, Sánchez, tírese por el niño!—dijo la señora Domínguez con un tono engolado pero con real preocupación.

—¡Señor Sánchez, ya, por favor, avíentese a la alberca de una vez. Saque al pobre Carlitos!—dijo la amiga de Sandra.

Sandra misma no soportó el asunto y se fue directamente sobre Sánchez en un intento exasperado por tirarlo al agua, pero éste, con una agilidad que no se le había visto, evitó la primera investida y gritó mientras era correteado por Sandra alrededor de la alberca:

—¡No, pues si yo sólo leí el libro!

—¿Cuál libro?—gritó la amiga de Sandra.

—*El Libro del Buen Nadador*, soltó Sánchez del otro lado de la alberca.

Se diría que por la forma en que abrieron los ojos al escuchar la confesión de Sánchez, una especie de revelación cegadora pareció caer sobre los tres pupilos fuera de la alberca. La señora Domínguez comenzó a proferir plegarias instantáneas del estilo "Ay el bendito", "Ay mi Dios del corazón estremecido", "Ay mi Jesús de los pulmones inundados". Por su parte, Sandra redobló sus

esfuerzos para darle alcance al ahora ya bien considerado cabrón de Sánchez, acción que por otro lado era completamente inapropiada, pues de arrojar a Sánchez a la alberca el problema simplemente se vería multiplicado.

—¡Yo sé todo de las respiraciones, las brazadas, los estilos—gritaba el cabrón de Sánchez—, pero el capítulo de rescate estaba arrancado de la copia de la biblioteca!

Al oír esto me dio por pensar porqué carajos algún tipo arrancaría tanpreciado material de salvamento de la copia pública de *El libro del buen nadador* ¿Acaso por fin dejaba el pueblo y a su futuro lejano le sentaría bien un poco de conocimiento en rescate acuático? ¿Acaso aquello era más bien un golpe planeado y delirante a las microestructuras de seguridad de la humanidad? ¿Un acto vandálico sin motivo ni gloria? ¿Le habrán gustado las ilustraciones por ser muestra de erotismo al borde de la muerte? ¿Y cómo podría haber previsto este tipo errático a un cabrón tan improbable como el mismísimo cabrón de Sánchez para el que tales páginas serían de vida o muerte?

La situación en la alberca escalaba segundo a segundo, patada con patada del pobre Carlitos, mentada con mentada que Sandra imprimía al aire del bodegón, agitación tras agitación de los flotadores naturales de la Señora Domínguez en sus rápidas imploraciones al cielo. Yo estaba perdido en ideas cada vez más inapropiadas. Entonces uno de los gritos que recorrían el bodegón me centró: como si la frecuencia de su onda sonora penetrara hasta el lugar correcto en mi cerebro, por fin me dio por recordar a mi abuelo, ¡qué importante en sus desconcertantes enseñanzas! Mi abuelo me dijo alguna vez que aprendió a nadar a los 16 años, cuando se tiró borracho a una alberca con otros amigos. Para su sorpresa encontró una manera, no de mantenerse a flote, pero sí de no ahogarse, e incluso ayudó a sacar a un amigo suyo que no tuvo tal epifanía de náufrago de alberca borracho. “Mira, Mateo, si un día tienes que sacar a alguien de una alberca, no importa que no sepas nadar. Sólo tírate con fuerza para que toques el suelo y entonces te impulsas hacia arriba, como si brincaras; y entonces tomas aire y vas pa’ bajo

otra vez, y te vuelves a impulsar, y en una de esas agarras al fulano y te lo llevas hacia arriba de impulso en impulso hasta llegar a la orilla. Recuerda, Mateo, lo importante no es que el rescatado esté calmado; lo importante es que respire, así que tú lo avientas hacia la superficie cuantas veces sea necesario.”

Por fin procedí tal cual el extraño conocimiento de mi abuelo dictaba. Se podría decir que yo le agregué un toque de exotismo a la técnica, pues me tiré directamente sobre la pequeña humanidad de Carlitos, absorto en su lucha con la angustia y el agua, y en mi caída me lo llevé hasta el fondo de la alberca. Entonces me impulsé con él bien sujetado y ya que llegamos a la superficie hice por aventarlo a la orilla, donde Sandra lo prendió de un brazo.

Lo que pasó después me lo contó la amiga de Sandra porque mi atención estaba en los varios impulsos más que me tomó poder salir del agua –a mi no me había funcionado al mismo grado de perfección la técnica de mi abuelo (a lo que él, si pudiera, obviamente respondería que se debía a que la técnica precisaba claramente de estar borracho). Al parecer, Sandra, con una ira que rebasaba toda la que le conocíamos, así como prendió a Carlitos de un brazo se lo aventó al cabrón de Sánchez al cuerpo.

El cabrón de Sánchez se incorporó y volvió a lo suyo: correr, pero esta vez hacia afuera del bodegón. La señora Domínguez pasó de las plegarías a los insultos y esos sí que los escuché, porque yo creo que nunca tantas altisonancias habían recorrido un solo aliento: “Óigame hijo de su chingadísima madre no corra pendejo rompe reglas chile de su propia madre párese guevudo condenado gradísimo so cabrón”. Tomando un segundo aliento la Señora Dominguez aceleró su humanidad completa y junto con Sandra, y sin ningún respeto ni por el recién rescatado Carlitos ni por mi suerte de náufrago de alberca, persiguieron hasta dónde les dieron sus dispares fuerzas al cabrón de Sánchez, ahora probablemente maestro de alguna otra cosa, paracaidismo o buceo, vaya a saberse a qué libros haya tenido acceso, en otro pueblo.